

[TijeretazosLiteraria]

HUMILDE PROPUESTA para evitar que los niños irlandeses de gente probe sean una carga para sus padres o para la nación, y para que la sociedad se beneficie de ellos
Jonathan Swift

Es causa de tristeza para todos los que se pasean por esta gran ciudad o viajan por los campos ver la multitud de mujeres mendicantes que llenan las calles, los caminos y los umbrales de las chozas, acompañadas de tres, cuatro y hasta seis criaturas cubiertas de harapos que importunan a cuantos pasan cerca pidiendo limosna. Estas madres, en lugar de trabajar para ganarse el sustento de una manera decorosa, se ven obligadas a pasar el tiempo de un lado para otro implorando un bocado para la desamparada prole cuyos componentes, según se van haciendo mayores, o bien se dedican al robo por falta de trabajo, o bien abandonan su tierra natal para alistarse en España en las filas del Pretendiente (1), o bien emigran, casi en la esclavitud, a las Islas Barbados.

Creo que todas las partes interesadas están de acuerdo en que este ingente número de niños en brazos de las madres o a sus espaldas, o pegados a sus talones -a veces a los del padre- constituye hoy, dado el lastimoso estado del país, una nueva y tremenda calamidad. Por ello, si alguien pudiera concebir un método justo, barato y cómodo de convertir a estos niños en miembros sanos y provechosos de la sociedad, se haría tan acreedor de la gratitud general que habría que erigirle una estatua como bienhechor de la nación.

Pero mi intención rebasa, con mucho, la idea de remediar la suerte de los hijos de mendigos declarados. Abarca también a todos los niños de una determinada edad, nacidos de padres que en realidad son tan incapaces de sustentarlos como los de aquellos que pordiosean por las calles.

Por lo que a mi atañe, tras haber cavilado muchos años sobre este importante asunto y habiendo pesado y sopesado con prudencia las iniciativas de otros, me he percatado de que éstos se equivocan garrafalmente en los cálculos. No cabe duda de que un niño recién salido del claustro materno puede sostenerse un año entero con la leche de la madre y algún alimento, poco, que a lo más no cuesta por encima de dos chelines y que la madre consigue, ya en moneda, ya en mendrugos, dedicándose legalmente a la mendicidad. Precisamente al cumplir un año es cuando yo pretendo ocuparme de ellos y de tal manera que en vez de ser una carga para sus progenitores o para la parroquia o de que anden necesitados de alimentos o ropa el resto de sus días, contribuyan, por el contrario, a la nutrición y, en parte, al vestido de muchos miles.

Tiene además mi proyecto otra gran ventaja y es que evitará esos abortos voluntarios y esa horrible práctica, tan frecuente entre nosotros, de que las mujeres asesinen a sus hijos bastardos, sacrificando así pobres criaturas inocentes y, me temo, más para ahorrarse gastos

que para cubrir su vergüenza; es una práctica que provocaría lágrimas y compasión en el corazón más empedernido e inhumano.

Se estima que el número de almas actualmente en Irlanda alcanza el millón y medio, entre las cuales yo calculo unos doscientos mil matrimonios con esposa en edad de concebir, de los que yo resto treinta mil capaces de mantener a sus hijos, si bien sospecho que con la actual miseria del reino acaso no sean tantos; pero admitiendo que lo sean, quedarían ciento setenta mil hembras fecundas. De ellas descuento cincuenta mil mujeres que malparen o cuyos hijos mueren de accidente o enfermedad antes de cumplir un año. Nos quedan, pues, sólo ciento veinte mil hijos de padres menesterosos por año. La cuestión, por tanto, es saber cómo sacarlos adelante y atenderlos, lo cual, como he dicho, es enteramente imposible en las actuales circunstancias si nos atenemos a las soluciones hasta ahora propuestas, pues ni los podemos dedicar a ser artesanos o agricultores, ya que no construimos casas -me refiero al campo- ni cultivamos las tierras (3), y estas criaturas rara vez se aseguran el sustento robando antes de los seis años, a menos de estar singularmente dotadas. Debo reconocer, sin embargo, que aprenden los rudimentos mucho antes de llegar a esa edad y que en este periodo, en rigor, sólo pueden ser considerados novicios, como me ha informado un caballero principal del condado de Cavan, quien me aseguró que no conocía más que de uno o dos casos por debajo de los seis años, y eso en una parte del país afamada por albergar los más avispados aprendices de este arte.

Los comerciantes de aquí me han asegurado que un muchacho o muchacha no es mercancía vendible antes de cumplir los doce años y que, alcanzada esa edad, no produce en el mercado por encima de las tres libras esterlinas, o todo lo más, tres libras y media corona, cifra no rentable ni para los padres ni para el reino, ya que los gastos originados por su alimentación y los harapos que los cubren importan por lo menos cuatro veces más.

Un americano (4) muy enterado, conocido mío de Londres, me ha informado de que un niño sano y bien cuidado constituye, cuando tiene un año, un alimento delicioso, saludable y nutritivo, tanto si se toma estofado, como si se ingiere asado, cocido o hervido. Y no dudo de que será igual de sabroso si se sirve en un *fricassée* o un *ragoût*.

Propongo humildemente, por tanto, a la consideración del público en general, que de los ciento veinte mil niños ya computados se reserven veinte mil para conservación de la especie, de los cuales sólo la cuarta parte serán varones, lo que es más de lo que permitimos cuando se trata de ganado ovino, vacuno o porcino; mi razón para esto es que estos niños rara vez son fruto del matrimonio, circunstancia no muy tenida en cuenta por nuestros salvajes (5), por lo cual un varón basta para fecundar a cuatro hembras. Propongo también que los cien mil restantes, al cumplir el año, se ofrezcan en venta a gentes de calidad y fortuna por todo el reino, sin olvidarse de aconsejar a sus madres que les den de mamar en abundancia durante el último mes y los dejen rollizos y succulentos para una buena mesa. De un niño salen bien dos platos en una reunión de amigos, y si la familia come sin invitados, los cuartos traseros y delanteros dan para un plato muy aceptable. Y si se condimentan con un poco de sal, tendrán, hervidos, un buen sabor a los cuatro días, sobre todo en invierno.

He calculado que, por término medio, un niño recién nacido viene a pesar unas doce libras y que al cabo de un año alcanza las veintiocho.

Admito que este alimento ha de resultar algo caro, y por tanto, será sólo asequible a los hacendados, los cuales, por haber devorado ya a los padres, parecen tener derecho preferente sobre los hijos.

La carne de niño será alimento en sazón todo el año, pero abundará más alrededor de marzo, pues según nos cuenta un autor serio, eminente médico francés (6), debido a las virtudes genésicas del pescado, en los países católicos nacen más niños unos nueve meses después de la Cuaresma que en cualquier otra época del año; por tanto, calculando un año después de la Cuaresma, los mercados estarán mejor abastecidos que de costumbre, ya que en este país el número de niños católicos está en la proporción de tres a uno, por lo menos, con respecto a los demás; así tendremos, por añadidura, la ventaja de ver disminuir el número de los papistas que nos rodean (7).

Ya he calculado antes que el costo de amamantar a un hijo de mendigo (y aquí incluyo todos los que habitan chozas, los jornaleros y cuatro quintas partes de los labriegos) viene a ser de dos chelines por año, incluidos los harapos, y creo que ningún caballero lamentará tener que pagar diez chelines por un buen niño rollizo en canal, que, como queda dicho, dará para cuatro platos de excelente carne nutritiva cada vez que le acompañe a la mesa un amigo especial o su propia familia. De este modo el hacendado aprenderá a ser un buen señor y se ganará el afecto de sus renteros, mientras que la madre sacará ocho chelines de beneficio limpio y quedará libre para el trabajo hasta que se produzca otro niño.

Para los que sean más ahorrativos -y reconozco que los tiempos lo exigen- queda todavía el recurso de desollar los cadáveres, pues la piel, convenientemente curtida, servirá para hacer primorosos guantes para las damas y botines de verano para los caballeros elegantes.

En cuanto a nuestra ciudad de Dublín, se pueden instalar, mataderos dedicados a este fin en los lugares más apropiados. Estoy seguro de que no faltarán matarifes, si bien yo sería partidario de comprar los niños en vivo y de aderezarlos recién acuchillados, tal como hacemos para el cochinillo asado.

Hace poco, una persona respetable, amante verdadera de su patria y cuyas virtudes altamente estimo, tuvo a bien ofrecerme, cuando hablábamos del asunto, una mejora a mi proyecto. Dijo que a muchos caballeros del país, tras haber estudiado la caza mayor en los últimos tiempos, se les había ocurrido que la falta de carne de venado podría remediarse aprovechando la de mocitos y mocitas que no rebasaran los catorce años ni bajaran de doce y que están a punto de perecer de hambre en todos los condados, a falta de trabajos o servicios retribuidos; para ello, habrían de dar su consentimiento los padres, si viven, o sus parientes más allegados. Sin embargo, con todo el respeto debido a tan excelente amigo y meritorio patriota, no puedo compartir enteramente sus sentimientos, pues por lo que atañe a los varones, mi conocido el americano me ha asegurado que de acuerdo con su frecuente experiencia, tienen por lo general la carne dura y correosa, igual que la de nuestros colegiales, debido al constante ejercicio, y es de un sabor desagradable; de intentar cebarlos, no cubriríamos los gastos. En cuanto a las hembras, opino modestamente que sacrificarlas sería una pérdida para la sociedad, ya que a esa edad estarían casi maduras para la procreación, y por otra parte, es probable que a alguna persona escrupulosa se le ocurriese censurar semejante práctica -aunque ciertamente sin razón- como lindando con la crueldad, y ésta, debo confesar, ha sido

la objeción más grave que he tenido siempre contra cualquier proyecto, por bien intencionado que parezca.

No obstante, debo añadir en defensa de mi amigo que, según me aclaró, la idea se la debía al famoso Psalmanazar, natural de Formosa, quien vino de allí a Londres hace más de veinte años y le habla contado que en aquel país, cuando ejecutaban a una persona joven, el verdugo vendía el cadáver a la gente importante como manjar exquisito. Le había dicho también que cuando vivía allí se vendió el cuerpo de una joven rolliza de quince años, crucificada por haber intentado envenenar al Emperador, y la compraron el Primer Ministro de Su Majestad Imperial y otros grandes mandarines de la corte, al pie del cadalso y ya descuartizada, por cuatrocientas coronas. Y tampoco debo ocultar que si se les diese el mismo trato a varias mozas lozanas de esta ciudad que, sin gastar un ochavo de su peculio, son incapaces de salir a la calle a menos de que las lleven en silla de manos, y se presentan en el teatro y en las fiestas ataviadas de galas extranjeras por las que no van a pagar, nada habría de perder este país.

Existen entes pusilánimes a quienes preocupa seriamente el gran número de ancianos, enfermos y tullidos pobres, y se me ha pedido que aplique el seso a pensar qué medidas habría que tomar para aliviar a la nación de una carga tan penosa. Pero este asunto no me aflige lo más mínimo, ya que es de sobra conocido que estas gentes se están muriendo y pudriendo a diario víctimas del frío el hambre, la mugre y los piojos, y en la proporción razonable que cabe esperar. En cuanto a los jornaleros jóvenes, su situación actual es, poco más o menos, igual de esperanzadora. Como no consiguen trabajo, andan macilentos por falta de nutrición hasta tal punto que si por casualidad los contratan como peones, no tienen fuerza suficiente para realizar su tarea, de suerte que tanto ellos como el país llevan buen camino de librarse pronto de los males que les amenazan.

Me he excedido en esta larga digresión, así es que voy a volver a mi tema. Entiendo que las ventajas del plan que he trazado son muchas y evidentes, así como de suma importancia. En primer lugar, como he señalado ya, mi proyecto disminuirá notablemente el número de católicos, que cada año nos infestan con recién nacidos, por ser los más prolíficos de la nación, además de nuestros enemigos más peligrosos, y que se quedan en el país con el propósito firme de entregar éste al Pretendiente, confiando en aprovechar la ausencia de tantos y tan buenos protestantes que han preferido exiliarse antes que pagar diezmos contra su conciencia a un idólatra pastor episcopaliano (8). En segundo lugar, los renteros más pobres tendrán así algo de valor que puedan considerar propio y con lo que pagar las deudas o la renta al terrateniente, puesto que el grano, igual que el ganado, lo tienen embargado y el dinero es para ellos algo desconocido. En tercer lugar, si calculamos que el costo de la manutención de cien mil niños -de dos años para arriba- no baja de los diez chelines por cabeza al año, mi propuesta supondría un incremento del erario nacional equivalente a cincuenta mil libras anuales (9), sin contar los beneficios del nuevo manjar, que se serviría en las mesas de los caballeros pudientes del reino dotados de gustos refinados. De este modo, el dinero circularía sin salir de nuestro país, por tratarse de mercancía de origen y manufactura nacional. En cuarto lugar, los progenitores permanentes, aparte de la ganancia de ocho chelines por año producida por la venta de cada niño, quedarían libres de la obligación de mantenerlos después de cumplir su primer año. En quinto lugar, este alimento habría de llevar muchos clientes a las tabernas, puesto que los dueños de éstas han de tomar sin duda la precaución de procurarse las mejores recetas para lograr un guiso perfecto. En consecuencia, verían frecuentadas sus mesas por todos los caballeros de buen paladar que, con razón, se

jactan de saber apreciar los buenos manjares. Un cocinero habilidoso, que sepa cómo agradar a su clientela, encontrará la manera de hacerlos tan espléndidos y costosos como a ésta le gusten. En sexto lugar, sería un gran acicate para el matrimonio, institución que todas las naciones prudentes fomentan mediante recompensas, o imponen mediante leyes y castigos. Así aumentarla el cuidado y la ternura de las madres hacia sus hijos al sentirse seguras de que así iban a tener una renta vitalicia para las pobres criaturas, quedando en cierto modo atendidas por la sociedad con un beneficio anual, en lugar de gastos. Seríamos entonces testigos de un esfuerzo honrado de emulación entre las mujeres casadas, para ver quién de ellas era capaz de llevar al mercado el niño mejor cebado. Y los hombres serían tan afectuosos con sus esposas durante el embarazo como lo son ahora con las yeguas y las -vacas preñadas o con las cerdas a punto de parir y, por tanto, no las amenazarían con golpes y patadas -como ocurre ahora a menudo- pues tendrían miedo de provocar un aborto.

Podríamos enumerar otras muchas ventajas. Por ejemplo, el incremento de nuestras exportaciones de carne en barril, pues a la carne de vaca se añadirían varios miles de canales. También aumentarla la producción de carne de cerdo y progresaría el arte de elaborar buen tocino, tan escaso hoy entre nosotros debido a las grandes pérdidas sufridas por el ganado porcino, cuya carne, demasiado frecuente en nuestras mesas, no es ni con mucho comparable en sabor y exquisitez a la de un niño añojo bien criado, que asado entero haría un excelente papel en un banquete del Lord Mayor (10) o en otra celebración pública. Pero en aras de la brevedad omitiré esta y otras ventajas.

Suponiendo que mil familias de esta ciudad fuesen clientes regulares de carne de niño, sin contar a las que les apeteciera en ocasiones festivas, sobre todo en bodas y bautizos, calculo que Dublín consumiría anualmente unos veinte mil canales y que el resto del reino -donde probablemente se venderían más baratos- los ochenta mil restantes.

No puedo imaginar una sola objeción al plan que propongo, a menos que se alegue la disminución resultante en el número de pobladores del país. Yo lo reconozco sin reservas, pero debo decir que ése era uno de los propósitos que me indujeron a presentar este proyecto al mundo. Quisiera que el lector se percatara de que este remedio está pensado *únicamente para el reino de Irlanda y no para ningún otro de la tierra, antiguo, presente o futuro*. Por tanto, que no me venga nadie con otras soluciones como: gravar el absentismo a cinco chelines por libra (11), prohibir el uso de telas y muebles que no sean de producción nacional; rechazar categóricamente todos los instrumentos y materiales que fomenten lujos extranjeros; curar el despilfarro desatado por el orgullo, la vanidad, el ocio y el juego en nuestras mujeres; fomentar las virtudes del ahorro, la prudencia y la templanza; aprender a amar a nuestra patria, punto en el que diferimos incluso de los lapones y de los habitantes de Tupinamba (12); dejarnos de disensiones y banderías y de obrar como los judíos, que se estaban matando entre sí mientras otros se apoderaban de su ciudad; ser un poco cautos para evitar vender tanto nuestra patria como nuestras conciencias a cambio de nada; enseñar a nuestros terratenientes a tratar a sus renteros con cierta clemencia; en fin, inculcar en nuestros comerciantes espíritu de honradez, trabajo y destreza, ya que ellos, si se aprobaba ahora una ley que sólo permitiera comprar mercancías nacionales, se aconchabarían inmediatamente para estafarnos en el precio, la medida y la calidad, pues nunca se han dejado inducir, aunque se les haya encarecido con frecuencia, a ofrecer al cliente un trato justo.

Repito, pues: que nadie me hable de estos remedios, u otros parecidos, hasta que haya al menos un destello de esperanza de que se va a intentar animosa y sinceramente llevarlos a la práctica.

En cuanto a mi, agotado ya por llevar muchos años brindando ideas vanas, inútiles y quiméricas que a la larga me han hecho perder toda esperanza de éxito, vine a dar afortunadamente en la presente propuesta, la cual, por ser enteramente nueva, tiene algo de sólido y real, no implica gasto alguno y sólo pocas molestias, y está al alcance de nuestras posibilidades, por lo que no corremos el peligro de ofender a Inglaterra. En efecto, este tipo de mercancía no es apto para la exportación, ya que la carne es demasiado tierna para tolerar que la conserven en salazón mucho tiempo; de todos modos, estimo que *podría citar un país capaz de engullir a todo nuestro pueblo, incluso sin sal*.

Después de todo, yo no estoy tan empeinado en mis opiniones como para rechazar cualquier ofrecimiento de personas sensatas que se estime tan inocente, barato, viable y efectivo como el mío. Pero antes de que se presente algo semejante en contra de mi proyecto, ofrecido como mejor, rogarla a su autor o autores que se dignasen considerar prudentemente dos hechos: Primero, tal como están las cosas, ¿cómo se arreglarían para dar comida y ropa a cien mil bocas y cuerpos inútiles? En segundo lugar, dado que existe un millón de seres con figura humana por todo este reino, cuya subsistencia entera, mancomunada, supondría un saldo negativo de dos millones de libras esterlinas, si añadimos los mendigos profesionales a la masa de labriegos y jornaleros con mujeres y prole, que son pobres de hecho, yo pedirla a los políticos contrarios a mi propuesta, si acaso osaran darle réplica, que antes de nada preguntasen a los padres de los mortales mencionados si no considerarían un gran acierto el haber vendido a sus vástagos como alimento cuando tenían un año, tal como yo propongo, evitando así la incesante sucesión de calamidades que han tenido que soportar desde entonces, debida a la opresión de sus señores, a la imposibilidad de pagar las rentas por falta de dinero u ocupación, a la escasez de sustento, aparte de la carencia de hogar y vestido que los protejan de las inclemencias del tiempo y, para remate, a la inevitable fatalidad de perpetuar semejantes miserias, u otras mayores, en su descendencia.

Debo declarar, con el corazón en la mano, que no tengo el menor interés personal al propugnar este proyecto, que estimo necesario. No me impulsa otro motivo que *el bienestar de mi pueblo, alcanzable si se fomenta el comercio, se toman providencias con los niños, se alivia a los menesterosos y se brinda algún placer a los ricos*. No tengo hijos pequeños que pudieran proporcionarme un solo penique, pues el menor cumplió ya nueve años y mi mujer pasó ya la edad de procrear.

[Obras selectas, traducción de Emilio Lorenzo Criado para Editorial Swan]

[...]

(1) Este pretendiente al trono inglés es el heredero de Jacobo II, monarca católico depuesto en 1.689. [N. del T.]

(2) Irlanda llevaba entonces (1729) tres años calamitosos de cosechas [Landa]. Por considerar Irlanda un reino, Inglaterra nombraba un Virrey para el país, con el nombre de Lord Lieutenant.

- (3) Inglaterra había limitado en Irlanda la extensión superficial de las tierras dedicadas a la agricultura. [Landa]
- (4) Se sobrentiende, uno de los indios americanos, a quienes se atribuía canibalismo. (N. del T.)
- (5) Alusión a los propios coterráneos, los irlandeses, a quienes Swift más de una vez fustiga por su ignorancia y barbarie. [Landa]
- (6) Rabelais. Uno de sus personajes, Pantagruel, sostenía que la dieta cuaresmal se había ideado para asegurar la propagación de la especie humana. [Landa]
- (7) Swift, sacerdote anglicano en fin de cuentas, no omite ocasión para satirizar la Iglesia de Roma. Si el calificativo de *Papist* puede ser neutral en inglés aplicado a los católicos, el usado aquí *popish*, referido a los niños, es claramente peyorativo. [N. del T.]
- (8) Es decir, un sacerdote de la Iglesia establecida o Anglicana. LANDA cita el caso de no conformistas (o disidentes de las Iglesias Anglicana y Escocesa) que se resistían a pagar diezmos invocando libertad de conciencia. [N. del T.]
- (9) Recuérdese que la libra esterlina tenía veinte chelines. [Nota del Traductor.]
- (10) Título aplicado generalmente al Alcalde o Corregidor Mayor de Londres, pero también al de Dublín, York y otras ciudades. [N. del T.]
- (11) Es decir, 25 por ciento. [N. del T.]
- (12) El contexto permite suponer que el topónimo *Topinambo*, usado por el autor, se refiere al pueblo, hoy extinguido, del Brasil, que practicaba la antropofagia. [N. del T.]